

se declaró desde luego abiertamente amigo y protector de la Compañía. Todo su afán era ver de poderlos presentar á la Emperatriz, á la cual de antemano previno favorablemente; y lo alcanzó.

Recibiólos Catalina con gran benignidad, y les dijo que pidiesen cuanto quisieran, que estaba pronta á otorgárselo todo. Al cabo de algunos días remitieron á Tchernichef un memorial en que suplicaban se conservasen á la Compañía sus antiguos privilegios y la facultad de observar sus reglas y constituciones, que se respetase la propiedad de sus domicilios, y que se les disminuyesen los impuestos. Concedido todo como se pedía, volvieron los Padres á Polotsk, adonde llegaron á mediados de Febrero de 1773.

El mes de Mayo próximo se recibió en la Rusia Blanca una circular del P. General de la Compañía, en que anunciaba la total ruina de la orden como absolutamente inevitable sin un milagro de la divina omnipotencia. Por otros conductos llegaban también fatales prenuncios de la pronta supresión de la Compañía, y del Breve de Clemente XIV como pronto á publicarse; noticias que se miraban como increíbles, y aun se oían con indignación; pues no acababan de persuadirse los buenos polacos que una orden tan benemérita de la religion pudiera ser enteramente abolida, y esto por el mismo Pontífice Romano. Ignoraban que Clemente XIV era víctima de una violencia y coacción irresistible.

CAPÍTULO VIII

Esfuerzos del Pontífice contra la expedición del Breve. — María Teresa de Austria. — Amenaza de cisma. — Apurada situación del Papa. — Profesion del Padre Nicolás Pignatelli. — Intímase el Breve en Roma. — Dolor de los jesuitas. — Alienta á los de Ferrara el Padre José. — Estado de la Provincia de Aragon. — Se la intima el Breve. — Santa indignación del P. José. — Los hechos posteriores verifican su dicho. — Disposición de ánimo del Siervo de Dios. — La francmasonería y la abolición de la Compañía de Jesús.

1773

Hemos visto lo que pasaba en el norte de Europa: veamos lo que sucedía en Italia. Desde el instante mismo en que se decidieron los ministros de las cortes á pedir al Soberano Pontífice la abolición de la Compañía, comprendieron muy bien que jamás lograrían su impío y sacrilego empeño de reducir al Papa á que de su voluntad la extinguiese. Y si al principio del pontificado de Clemente XIV concibieron alguna esperanza; pronto se les desvaneció esta, no quedándoles otro recurso que el de la violencia y las amenazas. La constante resistencia de Su Santidad la ha puesto en claro D. Nicolás Azara: y el mismo da testimonio de que en ella se mantuvo hasta el fin.

Su ansiedad por ver firmado, publicado en Roma y ejecutado el tan apetecido Breve, y la extremada reserva de Moñino en sus negociaciones, hacían temer á Azara una dilación enojosa. «No sé todavía,» escribe en 4 de Febrero (1773), «si Su Santidad

le ha entregado [á Moñino] la minuta formal para entregarla ahí: y creo de positivo de no; porque este es un PASO MUY DOLOROSO para él para que lo haga SIN REÑIR UN CENTENAR DE PENDENCIAS. Cuando estará hecho, ya sabe V. que será menester comunicarlo á Viena y á Francia: y cuando allí no nazcan nuevas dificultades, resta por último hacerlo publicar y ejecutar al Papa; lo cual me parece á mí una EMPRESA MAYOR QUE LOS TRABAJOS DE HÉRCULES. Ello dirá: y veremos que el negocio va inmensamente á la larga POR MÁS FUEGO Y MÁQUINAS QUE PONGAMOS.»

Esta misma dificultad explica en el próximo correo del 11. «Resta,» dice, «después de allanado todo por fuera, el ARRANCAR la última decision de manos del Papa. Aquí sí que veo yo trabajos y tiempo que se ha de perder. No habrá anguila que se le iguale entonces» al Papa. Al fin empieza á consolarse con la proximidad del golpe, que ya ve inevitable. «Yo creo,» escribe en 4 de Marzo; «que no hemos de tardar mucho en salir de enredos, porque se ven apariencias de ello, y porque están ya agotados todos los efugios, trampas y embustes que la *furbería* romana puede imaginar para enredar la extincion; y esta es la única razon que me hace fuerza.» Cuatro meses estuvo nuestro Azara en la creencia de que á no tardar saldría el suspirado Breve, cuyas copias corrían de corte en corte, y cuya ejecucion retardó la de Viena.

Sabida es la oposicion de la emperatriz María Teresa á toda idea de extinguir la Compañía de Jesús, y la intrepidez con que resistió á las intrigas de los ministros borbónicos, que trabajaban por atraerla á su partido. Que en las mismas disposiciones estuviese su hijo el emperador José, lo demuestra en primer lugar el haberse negado en tiempo del conclave á unirse con los soberanos de la casa de Borbon en sus pretensiones contra la Compañía, como hemos dicho ántes. Consta además de las palabras proferidas por el mismo emperador, que se leen en el lugar ya citado del P. Olcina. «Después,» dice, «se valieron de mis hermanas, las reinas de Francia y de Nápoles, para ganar la voluntad de mi madre; lo que consiguieron hallándome yo á la

sazon ausente de Viena en Leópolis (*sic*). Á mi vuelta á la corte hallé enferma á mi madre; y por no ocasionarle algun disgusto con mi oposicion, no quise hablar palabra sobre este negocio.» Y termina el emperador con estas palabras: «En conclusion, mal se ha obrado en Alemania y en otras partes contra los jesuitas: mi madre fue engañada.»

Á la corte de Viena se atribuye alguna rémora en la publicacion del Breve de Clemente XIV; pero D. Nicolás Azara no parece creerlo así, pues atribuía la dilacion á «LA REPUGNANCIA del Papa á EXTINGUIR una gente que toda su vida HA QUERIDO BIEN¹.» Elocuentísimo testimonio á favor de Clemente XIV, dado por quien le conocía muy á fondo, catorce días ántes del 21 de Julio, en que firmó Su Santidad el Breve, aunque no se publicó en Roma hasta el día 16 del próximo Agosto.

Como se ve, el caballero Azara nos ha pintado de mano maestra, sin pretenderlo, la verdadera disposicion del ánimo del Papa en el negocio de la extincion. De las frases relativas al asunto que de sus cartas hemos transcrito aquí, se deduce con toda evidencia 1.º que el Papa Clemente XIV siempre hasta el mismo instante de la extincion amó constantemente á la Compañía: y por lo mismo, si se abstuvo de darle muestras de su amor, y si en lo exterior se le mostró desafecto, fue porque no le era posible hacer otra cosa en aquellas circunstancias; y si en algo se la atropelló por los que le rodeaban, no fue por voluntad del Pontífice, sino contra su voluntad. 2.º Resulta ser sincera la repugnancia que mostró á expedir el Breve de extincion, como lo demuestran la muchedumbre de subterfugios que buscó, y los medios que propuso para satisfacer á las cortes sin tener que llegar al remedio extremo de la extincion. 3.º Consta por fin que si firmó el Breve, lo hizo materialmente violentado, y forzado injustamente á ello, y solo cuando le persuadieron los ministros que iban á promover un cisma con que se rompiese la unidad de la Iglesia, acarreándola un mal sin disputa mayor, que

¹ Carta de 7 de Julio de 1773.

el que redundaría en ella de la extincion de una órden religiosa, aunque tan útil le era, y por tal se la reconocía.

Segun el cardenal Hergenroether la primera y casi la única arma con la cual combatió Moñino la inquebrantable firmeza del Pontífice, fue esta amenaza de cisma. Medios no les faltaban á los enemigos de la Iglesia para producirlo en realidad, arrancando del seno de la madre comun de los fieles á casi todas las naciones católicas de Europa, cuyos soberanos dominaban en las regiones de allende los mares, en donde la verdad del Evangelio era conocida y el divino redentor adorado. Bastaba para ello descubrir las intrigas con que sus traidores ministros habían llenado de confusion el último conclave, y propalar que la eleccion del Papa había sido irregular, ilegítima y anti-canónica, lo cual con la destreza que poseían en mentir y desfigurar la verdad, fácilmente lo hubieran persuadido á los menos ilustrados: y con la fuerza bruta de que disponían, y en el estado miserable de illusion y engaño en que habían sumido á los reyes, hicieron creer al Papa que estos en todo los hubieran secundado y favorecido.

En vista de todo esto ¿qué cosa más fácil que persuadir al Pontífice que se elegirían otro pastor supremo, que no se mostrase, como él, hostil á todas las potencias católicas, á cuyos más encarnizados enemigos, los jesuítas, con solo negarse á destruirlos, como él se negaba, los protegía, los defendía, los alentaba contra los reyes? Esta amenaza acibaró sobremanera el bondadoso corazon del Pontífice. Los enemigos eran poderosos: y en razon de salir con su propósito, estaban decididos á cometer cualquiera iniquidad, y lograron hacer creer al Pontífice que la ejecutarían, si no firmaba el Breve de abolicion.

Este fue el momento más crítico para Clemente XIV. No tenía sino dos extremos entre que escoger: ó privar á la Iglesia de un ejército de sus defensores más aguerridos y fieles, ó entregarla á los horrores de un cisma, que en aquellas circunstancias tanto era, casi pudiera decirse, como aniquilarla. Fuele, pues, necesario pesar con madura consideracion delante de Dios cuál de aquellos dos terribles extremos había de acarrear menores

daños á la Iglesia. Dura cosa le parecía arrojar del puerto tranquilo de la religion al proceloso mar del siglo á tantos millares de religiosos inocentes, y privar á la viña del Señor de tan celosos operarios; pero tantas muestras habían ellos dado de invencible paciencia, de sumision la más heroica y de constante abnegacion en favor de sus prójimos todo el tiempo que la actual persecucion duraba, que no le cabía al Pontífice la menor duda que los hijos de Ignacio, aunque se los extinguiese, continuarían dando los mismos ejemplos de virtud y de celo en bien de sus hermanos. Sabía que su adhesion á la Cátedra de Pedro era tan firme, que si le fuese dado proponerles el sacrificio de ser arrojados ellos al océano, como en otro tiempo Jonás, para que cesara la tormenta; ninguno de ellos lo había de rehusar, sino que todos se ofrecerían á ser víctimas propiciatorias para bien de la Iglesia.

Esto fue lo que por fin le decidió á escoger un mal menor contra otro mayor inevitable, y á firmar el Breve de abolicion de la Compañía; Breve redactado por enemiga mano, humillante en su contenido para la Compañía, y cuya ejecucion se llevó á cabo con tanta crueldad, que á las víctimas hubo de parecerles más dura y cruel que el mismo decreto de extincion¹.

Precedieron á la ejecucion del Breve graves síntomas que

¹ «Estando hablando con Su Santidad este cardenal [el Emmo. Carrafa Traiecto, legado de Ferrara] y Monseñor Macedonio, entró el Rdo. Fr. Buontempi, y presentó el Breve para que el Papa lo firmara. Negóse resueltamente á hacerlo, diciendo que ni su honor y buen nombre, ni mucho menos su conciencia, le permitían extinguir una religion de tanto mérito y de tantos servicios hechos á la Iglesia, como la religion de la Compañía de Jesús. Calló Fr. Buontempi, y entregó un pliego á Su Santidad para que lo leyera. Leyólo con atencion: y después de leído, levantó los ojos al cielo, y dijo: «Bien sé que firmo la sentencia de mi muerte firmando el Breve de abolicion de la Compañía; pero no tiene remedio, es preciso firmarlo.» Y dicho esto, lo firmó entonces mismo, y se lo entregó al Revmo. Buontempi. Qué es lo que se contenía en aquel pliego, no lo sabe este nuestro Cardenal Legado, ó si lo sabe (como es muy natural), se lo calló á Monseñor Pagliarini, cuando poco ha se lo contó Su Eminencia.» (P. OLCINA, *Relacion festiva etc.*, Parte segunda, fol. 265.)

hicieron temer la proximidad del golpe fatal, no solo en Roma, sino tambien en Ferrara, y más que en estas dos ciudades, en la de Bolonia. Entre las vejaciones de que fueron víctimas los Padres de Bolonia, una fue la prision y destierro del P. Isla, cuya causa describe el mismo Padre en carta de 8 de Agosto de 1773 al P. Vicente Olcina por estas palabras¹: «Budrio, y Agosto 8 de 1773. — Mi P. Vicente Olcina. — *Pax Christi*. — Ayúdeme V. R. á dar gracias á Dios por los beneficios recibidos que cada día me hace su misericordia. Tengo por uno de los mayores los 19 de cárcel, que padecí, y el destierro á esta casa de Budrio, donde estoy muy contento y consolado con doce muy buenos compañeros.»

«Mi delito fue haber dicho (después de muy provocado con dicterios contra la Compañía), que cuando esta no hubiese hecho otro servicio á la Iglesia, que oponerse dentro de los debidos términos á la beatificacion del V. Palafox, me parecía que por solo él merecía no ser abolida. No dije más, ni se me hizo cargo de otra cosa; pero me basta á mí que á Su Santidad le haya parecido justa causa para esta demostracion, para que yo la tenga por justísima.»

«Restituyéronseme todos los papeles que se aprehendieron, á excepcion de algunos apuntamientos, que solo servían para excitar mi memoria. Es natural que á lo menos en estos primeros correos se quieran registrar las cartas que se me escribieren á mí, lo que prevengo para el gobierno de los que tuvieren algo que mandarme. Por lo demás no hay que tenerme lástima: pues no solo estoy muy consolado, sino muy contento con que en todo y por todo se haga la voluntad de Dios, que me guarde á V. R. los muchos años que desea su — Más affecto servidor — JOSEPH FRANCISCO DE ISLA, de la Compañía de Jesús.»

Jamás habían creído los Padres aragoneses que el golpe alcanzara á los profesos: solo temían por los que no lo eran. Por lo cual trataron de ordenar á todos los escolares que tuviesen

¹ *Relacion festiva*, etc., Parte segunda, fol. 238.

la edad requerida, aunque no hubieran terminado los estudios, y de admitir á la solemne profesion á los que estaban en disposicion de hacerla. Muchos en número fueron los jóvenes elevados al sacerdocio á principios de Agosto de este año de 1773; y el 15 del mismo mes, fiesta de la Asuncion de la Santísima Virgen, con el gozo y alegría que permitieron las circunstancias, ocho sacerdotes, uno de ellos el P. Nicolás Pignatelli, se estrecharon con su querida madre con el sagrado vínculo de la profesion religiosa. El P. Nicolás fue objeto de los mayores elogios tanto de propios como de extraños. Esto ocurría el 15 de Agosto: el 16 se intimaba á los Padres de Roma el decreto de extincion.

El 19 escribía Azara: «Ya, gracias á Dios hemos acabado con los jesuítas..... El lunes 16 por la noche á las ocho fueron cercadas de tropa y esbirros estas casas de jesuítas..... El General estuvo muy humilde oyendo su sentencia sin decir palabra..... Está con dos granaderos preso [en su cuarto] á la vista día y noche, que no le dejan ver á nadie. Puede Vd. figurarse la impresion que estas novedades habrán hecho en un pueblo todo jesuíta..... Todo se hizo con suma quietud.»

Al recibirse en Ferrara cartas de Roma con la infausta nueva de haber ya dejado de existir allá la Compañía, como heridos todos de un rayo, quedaron fuera de sí, atónitos y consternados por el más vivo dolor. Los que pudieron llorar, derramaron un torrente de lágrimas mezcladas con lamentos, que movían á compasion y lástima á cuantos los oían.

Del intenso dolor que produjo en los jesuítas de Bolonia la noticia de haberse publicado el Breve, he aquí lo que escribe uno que fue testigo y parte de aquella catástrofe¹. Dice así: «Ya no hay Compañía de Jesús: ya murió nuestra tiernísima Madre: presto dejaremos de ser jesuítas y habremos de despojarnos de nuestra estimadísima ropa.» — No se oye otra cosa que estas dolorosísimas expresiones en nuestras casas y en todos los rinco-

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo VII, pág. 77.

nes de ellas, acompañadas de un dolor y amargura inexplicable, y de ríos copiosísimos de lágrimas. Este ¡ay!, no los trabajos y miserias que puedan venir sobre nosotros, es lo que penetra de parte á parte nuestro corazón, y le oprime y le sofoca con su peso más que si estuviera sobre él una losa de muchos quintales. Este «¡ay que se acabó la Compañía!» ha robado el sueño á nuestros ojos y quitado el gusto á todos nuestros sentidos.»

«De sesenta sujetos que somos en esta casa, y lo mismo se debe decir de las otras, dudo que lleguen á cuatro los que han pegado los ojos y tomado algunas onzas de alimento desde que llegó esta infaustísima nueva: y así faltos de sueño y alimento, oprimidos del dolor, de la pena y la fatiga, y hartos de llorar, andamos todos pálidos, transidos, desmayados, y casi sin aliento, y á manera de hombres atónitos y turbados, que están fuera de sí y casi locos.»

«Llenos de inquietud y de zozobra, sin gusto para leer, escribir, estudiar, ni para cosa alguna, vamos de aposento en aposento y de casa en casa á hablar unos con otros, á respirar, á desahogarnos, y consolarnos, si fuere posible, en tanto afán y congoja, y á preguntar en todas partes: ¿dónde está el Breve? ¿quién ha visto el Breve? ¿qué dice el Breve? ¿cuándo se nos intima el Breve? Y al cabo todo viene á parar en levantar los ojos y las manos al cielo, en humillarse y confundirse, y venerar con toda humildad y sumisión los altísimos, profundísimos é inescrutables abismos de los juicios del Señor.» Hasta aquí el P. Luengo: y añade que un Padre mejicano murió de repente de puro dolor, y á varios les dieron accidentes, desmayos y congojas.

El P. Olcina refiere algo de lo que entonces pasó en Ferrara á los aragoneses. «Acabado de llegar el correo de Roma,» dice¹, «sin saber yo nada de la novedad que traían sus cartas, fui á casa de unos jesuitas, y me hallé á cinco ó seis de ellos, que tristes y silenciosos tenían los ojos clavados en el suelo, cuando

¹ *Relacion festiva, etc.*, Segunda parte, fols. 275-276.

los del P. Josef Verdú¹ estaban hechos un mar de lágrimas, dando tales gemidos y sollozos, que parecía que iba á ahogarse en cada uno de ellos.»

Creviendo el buen P. Olcina que el P. Verdú habría recibido carta de su tierra, en que se le anunciaría la muerte de alguno de sus deudos, preguntó quién era el muerto. «Todos nosotros lo somos,» respondió uno de ellos: «ya se acabó la Compañía, y acabáronse con ella todos los jesuitas de las cuatro partes del mundo:» y «embargándole el llanto las palabras, me alargó,» dice, «la carta de Roma para que yo leyera su contenido.» Y continúa así: «Igual, si no mayor, que el de los cinco ó seis jesuitas, fue el de todos los demás de nuestra Provincia, muchos de los cuales perdieron enteramente el apetito, causándoles fastidio y náusea la comida, y pasando las noches sin poder cerrar los ojos. Lo mismo aconteció á otros de otras Provincias..... y de algunos podemos con toda verdad decir que el Breve de abolición no les costó menos que la vida.» Esto escribe aquel Padre.

Y si este dolor por la pérdida de tan querida madre correspondía á la intensidad del amor que le profesaban, ¿qué lengua podrá explicar la pena y congoja que oprimiría el pecho del P. Pignatelli, quien á nadie cedía en amor á la Compañía, y pocos habría que en él le igualasen, y ninguno ciertamente que en esto le hiciese ventaja? En tan angustiosos momentos más bien que entregarse á los desahogos de un corazón acongojado, no pensó sino en procurar un lenitivo al dolor de sus hermanos.

Por lo que toca á su persona, adoptó el plan de uno de ellos, llamado Juan Antonio Arnal², quien hizo para sí esta cuenta³. «Esta nuestra tragedia,» decía, «es nacida para una de tres: para llevarnos al hospital, al otro mundo, ó á los altares. De

¹ Fue alicantino: nació el 13 de Setiembre de 1732: entró en la Compañía en 28 de Mayo de 1749, y murió en Roma por Octubre de 1810.

² Nació en Teruel á 18 de Junio de 1714: entró en la Compañía á 26 de Agosto de 1730: murió en Ferrara á 3 de Junio de 1783.

³ P. OLCINA, lugar citado, fol. 277.